

con el corazón compasivo de María, todas las penas, los males, las pruebas, los sufrimientos que al Señor plazca enviarnos en su misericordia.—Y si le place pedirnos la ofrenda de nuestra vida ¡ah! por su amor y por amor de las almas no le rehusaremos este último sacrificio. ¿Quién sabe si la misericordiosa justicia de Dios ha puesto este precio á la salvación de Francia y al próximo triunfo de la Iglesia?

Mas, ¿cómo no habíamos de señalar, antes de concluir este capítulo, entre las víctimas escogidas por nuestro Señor para asociarlas á la continuación de su obra redentora, á la humilde hija de San Francisco de Sales, cuyas heroicas virtudes la han valido recientemente los honores solemnes de la beatificación? Destinada por Dios á servir de instrumento á sus más grandes misericordias, ¿cómo no había de ser Margarita de Alacoque víctima con Jesucristo, su divino Esposo, ella, que en una aparición eternamente memorable, recibió del Hijo de Dios la misión solemne de revelar al mundo los tesoros de las gracias encerradas en su divino Corazón, víctima de amor y de dolor por la salvación del mundo? ¡Ah! los que lean la vida de esta Santa religiosa de la Visitación, toda llena de angustias, tribulaciones y dolores, no se explicarán la larga serie de pruebas que hicieron de ella un martirio casi continuo, sino comprenden lo que con tanta insistencia queremos hacer comprender en todo el curso de esta obra, á saber: que no solamente ha querido el Hijo de Dios realizar la obra de la salvación del género humano por la Cruz, sino hacer individualmente la aplicación de su obra á cada hombre en particular, por la cruz. Para este fin se perpetua como víctima en sus miembros dolientes, sobre todo, en algunas almas privilegiadas, especialmente elegidas por El para cumplir esta gran misión. ¡Vos fuisteis de ese número! ¡Oh bienaventurada Margarita María! ¡Ojalá podamos, con el auxilio de vuestras oraciones, obtener del amabilísimo Corazón de Jesús el mismo favor!

CAPÍTULO XXIII.

ALGUNAS VÍCTIMAS VOLUNTARIAS CONTEMPORÁNEAS.

Dios sólo conoce el nombre y el número de los cristianos devotos, de los cristianos fervorosos, que en los turbados tiempos por que atravesamos, han recibido la noble misión de ofrecerse con Jesucristo en sacrificio de expiación, para obtener de la infinita clemencia de Dios misericordia y perdón en favor de esta generación culpable. De estas almas generosas que se esfuerzan, no sólo con sus oraciones, sino también con sus expiaciones voluntarias, por la ofrenda cotidiana de su vida, en desarmar el brazo de la divina justicia, desde hace mucho tiempo levantado, encuéntranse en todas las clases de la sociedad cristiana, en los palacios de los grandes y en la humilde choza del pobre, en la jerarquía eclesiástica y en la soledad de los claustros. Entre los motivos de nuestras esperanzas, contamos con este y con la gracia de Dios, para el próximo triunfo de la Iglesia y de la Francia católica. Place á Dios que el número de las víctimas voluntarias se acreciente siempre más; y la hora del triunfo se adelante para nosotros. Esperándole, y para estimularnos en esta senda del sacrificio reparador, he aquí dos ejemplos conmovedores, sacados de nuestros anales contemporáneos. Los encontramos en la vida de Pío IX, de gloriosa y venerada memoria (1). Cuenta el primero el marqués Anatalio de Segur, autor de la vida (2) del piadosísimo y muy llorado Monseñor de Segur, su ilustre hermano, quien se había ofrecido á Dios

(1) Véase *Pío IX, su vida, su historia, su siglo*, por Villefranche, un grueso volumen en 8.º, librería de Jossierand, Lión.

(2) Esta vida es muy edificante é interesantísima: 2 volúmenes en 8.º

como víctima voluntaria para el triunfo de la Iglesia y para la salvación de las almas. He aquí, pues, el relato del marqués de Segur, reproducido textualmente por el autor de la vida de Pío IX: «Monseñor Bastida, dice, me hizo conocer á la señorita Amelia Leautard, santa joven de Marsella, providencia de los pobres, de los prisioneros y de los soldados, que procuró á los pobres soldados enfermos el gran beneficio del establecimiento de las Hermanas de la Caridad en los hospitales militares de Marsella..... Habiendo ido á Roma esta admirable cristiana para orar sobre la tumba de los apóstoles y recibir la bendición del Papa, fué detenida por un atractivo superior y divino; resolviendo permanecer allí hasta el fin de su vida. Allí fué la madre de los Zuavos pontificios, como lo había sido en Marsella de los soldados franceses. Sintiendo en 1866 que se debilitaban sus fuerzas, y no sabiendo ya cómo servir á Dios, tuvo la inspiración de coronar su vida, con un supremo y heroico sacrificio. Pío IX hallábase gravemente enfermo; y su angustia y preciosa salud inspiraba nuevas inquietudes al mundo católico. La señorita Leautard resolvió ofrecerse á Dios como víctima por su Vicario; pero temiendo que esto fuera un acto de presunción, quiso primero obtener la autorización del mismo Papa.

«Cuando expuso á Pío IX su sublime deseo, permaneció el Papa algún tiempo inmóvil y silencioso, mientras que la santa joven, con las manos juntas y la mirada fija en él, esperaba su respuesta. En fin, como si obedeciera á una voz que le hablara en secreto, Pío IX puso su mano sobre la heroica cristiana y la dijo con acento solemne. «Id, hija mía, y haced lo que el espíritu de Dios os ha sugerido». La bendijo con emoción, y ella se fué llena de alegría.

«El día siguiente era domingo; y la señorita Leautard asistía, según su costumbre, á la primera Misa, en San Pedro. Recibió la comunión; y cuando tuvo en su corazón la víctima del amor, ofreció su vida por el Papa á Aquel que había ofrecido la

suya por el género humano. Apenas había formulado su voto, cuando poseída de un súbito y terrible dolor, cayó en tierra lanzando un grito. Acudieron en su auxilio, y acompañándola los sacerdotes y religiosas á quienes conocía y que se hallaban en la Iglesia, la llevaron hasta su casa Strada Ripresa dei Barberi.

»Se llamó al médico, y éste declaró que su arte era impotente contra aquel mal extraño. En todo el día, y en los dos siguientes, no cesó de sufrir dolores tan crueles, que no podía hablar ni dar gracias á los que la cuidaban más que por una sonrisa, ó con un movimiento de manos. El miércoles, 19 de Diciembre, se calmó; cesaron los dolores y pidió y recibió los últimos Sacramentos, con una devoción y una alegría angélicas. Acabada su acción de gracias, se despidió de sus amigos y contestó á las oraciones de los agonizantes con una piedad que conmovía á todos los corazones. Cuando llegaron á estas palabras supremas: «Partid, alma cristiana, en el nombre del Padre, que os ha creado, en el nombre del Hijo, que os ha rescatado, y en el nombre del Espíritu Santo, que os ha santificado», bajó la cabeza y espiró. Llegada la nueva de su muerte al Vaticano, Pío IX la recibió sin ninguna sorpresa; pero levantando los ojos al cielo murmuró con voz conmovida: *Così tosto accettato*. ¡Aceptado tan pronto!

A este sublime ejemplo de heroísmo cristiano, añadiremos otro que no lo es menos, y que leemos igualmente en la vida de Pío IX. La superiora de las Hermanas de las prisiones, escribía desde París, con la fecha de 29 de Enero de 1867.

Una joven profesora llamada la hermana N.... acababa de terminar sus votos temporales y fué admitida á la profesión perpetua. En los primeros días del mes de Diciembre, me dijo: «Madre mía, vos nos habéis dicho que oremos mucho por la Santa Iglesia; y no sabiendo qué más hacer, he pensado ofrecerme como víctima y dar mi vida por la conversión de sus grandes perseguidores.—¡Si el buen Dios os cogiera la palabra....!—Me consideraría muy

contenta, replicó, por que sería una prueba de que le había agradado mi sacrificio: solamente que si esto sucediera antes de mis votos, desearía que no me dejase morir sin hacerlos». Tomé esto por exceso de celo y no le concedí ninguna importancia. La antevíspera de su muerte me dijo: «Madre mía, siento un dolor en la mejilla, que me hace mucho mal». Yo la contrarié diciéndola: «Para una víctima es poco eso.....» La tarde del mismo día volví á decirme que el dolor de la mejilla había pasado al estómago y que no podía estar más que en la capilla. La mandé á acostarse; y al día siguiente, sábado, la envié un médico que no concedió ninguna importancia á la indisposición..... El domingo no fué, ni bueno, ni demasiado malo. Por la tarde, viendo que los remedios producían efectos contrarios á los que esperábamos, empecé á inquietarme un poco. A las cinco la hice bajar á la enfermería: nada de fiebre, buen pulso. Mandé buscar al médico, y á las ocho me dijo ella: «Madre mía, tocad mi cuerpo: está helado, y sin embargo, me ardo interiormente». Tuve el pensamiento de mirarla la lengua y la encontré helada. El horror se apoderó de mí. Sin esperar la resolución del médico fuí á buscar al padre D..... Aun era tiempo: cinco minutos menos no habría hecho falta. Se confesó, recibió el Santo Viático, la Extremaunción, todas las indulgencias, y renovó muchas veces sus sacrificios. Después se incorporó como un guerrero, sobre su lecho: levantó los ojos al cielo, cayó sobre la almohada, y, á vuelta de tres minutos de dulce agonía, exhaló su último suspiro con la calma y la sonrisa de un ángel. El padre oraba interiormente; y pedía al Señor que el coro de las vírgenes viniera á buscarla: nuestra hermana espiró en el mismo instante en que se dirigió al cielo esta invocación..... Guardamos su cuerpo durante tres días á causa de las fiestas, y en lugar de descomponerse, destacábase en su rostro un reflejo celestial, que anunciaba la dicha de su alma».

Por lo demás, en todas las épocas de los siglos cristianos, sobre todo, en las de la persecución de

la Iglesia, ó en las grandes calamidades públicas, se han visto producirse estos actos de caridad y del más sublime sacrificio. Así, para no citar más que un caso diremos que, mientras que la peste desolaba á Roma, una joven pensionista de la Visitación se ofreció á Dios para que librarse de ella al Soberano Pontífice. Dios oyó su voto, y murió víctima, salvándose Alejandro VII.

¡Oh! vosotros que leéis estas líneas, cristianos fervorosos y devotos; el camino está abierto á vuestra generosidad. Más que nunca estamos en la hora de los grandes sacrificios. La ola de las tribulaciones de la Iglesia, nuestra Madre, sube siempre. Detengámosla por medio de nuestras expiaciones voluntarias. Dios no espera quizás, para suspender los golpes de su justicia irritada, más que este sacrificio supremo, más que la ofrenda espontánea de nuestra vida, en unión de la que Jesucristo hizo de la suya en Gethsemani y en el Calvario, para la salvación del género humano. ¡Oh cuán brillante será en el cielo la corona de estos apóstoles y de estos mártires ocultos! ¡Cuán grande y magnífica será su recompensa por la inmensa gloria que tributaron á Dios, y por la multitud innumerable de las almas salvadas por ellos!

CAPÍTULO XXIV.

CUALIDADES DE LOS APÓSTOLES DEL SUFRIMIENTO, SOBRE TODO DE LAS VÍCTIMAS ESPECIALES.

Cualquiera que se ofrece á pagar por otro, debe tener primero con qué pagar por sí. El buen orden exige que antes de pagar las deudas de otro se empiece por pagar las propias. ¿Quieres tu ser un apóstol del sufrimiento, sobre todo, una víctima especialmente sacrificada por el Señor? Pues, ante todo, purifica tu alma de todo pecado, tanto como puedas, y presérvate de toda mancha, por ligera que sea. La primera condición, para ejercer con

fruto el Apostolado del sufrimiento, *es ser puro*. Sin esta condición, tu sacrificio no sería agradable á Dios. Pero tu tendrás el corazón puro y atraerás sobre tu ofrenda, por mínima que sea, la mirada de su complacencia. Un cristiano es, pues, tanto más apto para ser apóstol del sufrimiento, cuanto se presenta delante de Dios con un corazón más puro, con un alma más limpia de toda mancha.

Esta verdad es de tal manera evidente que, enumerando San Pablo las cualidades de la santa víctima que vertió su sangre por nosotros en el Calvario, exclama: «Convenía que tuviésemos un Pontífice santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores..... *Talis enim decebat ut nobis esset Pontifex, sanctus, innocens, impollutus segregatus a peccatoribus*. Ahora bien, si convino que Jesucristo, sacerdote y víctima por la salvación del género humano fuese santo, *sanctus*, ¿cómo, si deseas ser apóstol por el sufrimiento, es decir, trabajar como él por tu sacrificio personal para la salvación de tus hermanos, podrías dispensarte de esta primera y esencial cualidad de toda víctima, *la santidad*? Pero tú poseerás esta santidad, es decir, tu tendrás conformidad con Jesucristo, víctima santa, y serás apto para el apostolado del sufrimiento.

San Pablo nos dice, además, que nuestro Pontífice debió ser «inocente», *innocens*. La víctima del mundo es llamada el «Cordero de Dios»; *Agnus Dei*. Lo que más agrada en un cordero es su dulzura y su candor, y el Hijo de Dios y de María unió en su persona, de una manera inefable, estas dos hermosas cualidades.

Jeremías nos le pinta como un cordero lleno de mansedumbre, á quien se conduce al sacrificio: *Ego quasi agnus mansuetus qui portatur ad victimam*. (Jer., II.) De él dice el Sabio: «Es el candor de la luz eterna; el espejo sin tacha de la Majestad de Dios; la imagen de su bondad». *Candor est enim lucis æternæ, speculum sine macula Dei Majestatis et imago bonitatis illius*. (Sap., VII.)

¿Quieres tú, querido y piadoso lector, ser un apóstol del sufrimiento? Pues aplícate á convertirte

en *cordero de mansedumbre y de candor* delante de Dios y de los hombres. Sé un cordero, bajo la mano de Dios que te inmola; déjate sacrificar como El quiere, por los sufrimientos más agudos, por las pruebas más penosas, por las tribulaciones más repugnantes á la naturaleza; y esto, no solamente por un día, ni por un mes, sino por el tiempo que agrade al Señor. Si llegas á quejarte, que sea como el Cordero de Dios en el Huerto de las Olivas, cuando decía en lo más fuerte de sus agonías: «Padre mío, aparta de mí este cáliz; sin embargo, hágase tu voluntad y no la mía; *Fiat voluntas tua*. Entonces serás un verdadero apóstol del sufrimiento, porque serás un cordero lleno de dulzura, y apaciguarás con tu mansedumbre la cólera de Dios, irritado contra los pecadores, que son lobos voraces.

Pero si á esta dulzura del cordero agregas el candor, ese magnífico vestido blanco, que hace resplandecer al alma ante los ojos de Dios, con brillo tan puro, ¡ah! entonces serás una víctima completa, y tendrás gran poder en el corazón de Dios para inclinarle á la misericordia hacia los pobres pecadores, cuya salvación le pides. Los corderitos negros son, sin duda, amables; pero como les falta la blancura, cualesquiera que sean sus otras cualidades, carecen de aquella que gusta encontrar en un cordero.

¡Oh profundo é impenetrable misterio de la gracia! ¡Oh soberana independenciam de los dones de Dios! Algunas veces sucede que, almas que no han sido siempre fieles, que han tenido la desgracia de ofender frecuente y gravemente á la Divina Majestad, se convierten, entre sus manos todopoderosas, en apóstoles del sufrimiento y en víctimas especiales; en una palabra, en instrumentos de salvación más eficaces que otras almas menos culpables que ellas, pero que no secundan la acción ulterior de la gracia con el mismo amor y el mismo sacrificio. No se deben sondear los misterios agradables á Dios. Dios es dueño de sus dones, y el Espíritu Santo sopla donde quiere: *Spiritus ubi vult*,

spirat. Generalmente las almas que han tenido la dicha de conservarse siempre puras é inocentes, son, natural y sobrenaturalmente, más aptas para unirse al sacrificio del Hombre-Dios. Entre estas almas santas y puras se complace el Señor, ordinariamente, en escoger las víctimas de que se sirve para la salvación de un gran número. Sin embargo, nadie está excluido de este gran ministerio, á que la humildad y el amor no son menos necesarios que la pureza. ¡Oh vosotros, que tenéis que gemir por las faltas de un pasado, que quisierais borrar con vuestra sangre; no os desaniméis, ni os creáis excluidos del *apostolado del sufrimiento!* Acordaos del ejemplo de Magdalena, de San Pedro, de San Pablo, de San Agustín, y de tantos otros que, después de una vida, más ó menos culpable, se entregaron enteramente á la gracia, y fueron santos. Ahora bien; cuando se es santo, se salvan las almas y se continúa la obra reparadora de Jesucristo; porque los santos se unen íntimamente á su cruz por el dolor, y á su corazón por el amor. ¿No es la cruz de Jesucristo el instrumento de salud del mundo? ¿Y no es su divino corazón el principio y la fuente inagotable?

Hablando de Jesús, nuestro Pontífice y nuestra víctima, añade San Pablo: «El está sin mancha, y separado de los pecadores». *Impollutus, segregatus a peccatoribus.*

No entramos en el desarrollo de estas cualidades, que no son más que la consecuencia de las precedentes. Por lo demás, ellas resaltarán bastante en lo que se va á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Para hacer más práctica la enseñanza contenida en el capítulo anterior, añadiremos en forma de resumen: que las principales disposiciones que deben

encontrarse en los apóstoles del sufrimiento, sobre todo, en las víctimas especiales, son:

1.º *Espiritu de fe*, que las hace creer firmemente en la virtud infinita del sacrificio de Jesucristo y en la perpetuidad de este sacrificio, no sólo de una manera no sangrienta en la Santísima Eucaristía, sino también de una manera doliente y, por consecuencia, sangrienta, en los miembros vivos de su cuerpo místico. ¡Oh vosotros, que aspiráis al glorioso título de apóstoles del sufrimiento! Creed firmemente estas verdades; y creed que el sacrificio de los miembros vivos de Jesucristo, unido al de su divina cabeza, tiene la virtud de contribuir, no sólo á su propia salvación, sino también, en cierta medida, á la de los demás. Creed, que cuanto más estrechamente nos unamos á Jesucristo por el dolor y por el amor, más participaremos de la virtud de su sacrificio; y, por consiguiente, más podremos contribuir á la salvación y á la perfección de las almas. En fin, aunque parezca que vuestros sufrimientos no obtienen ningún resultado sensible en favor de aquellos por quienes los ofrecéis, no os desaniméis. La obra que habéis emprendido es una obra de fe, cuyos resultados no son frecuentemente conocidos más que de Dios solo; pero que no por eso son menos reales y preciosos.

2.º *Espiritu de humildad*.—¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Si, pues, has recibido, ¿por qué te glorificas, como si no hubieras recibido? *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* (I, Cor., IV.)

«Por la gracia de Dios soy lo que soy». *Gratia autem Dei sum id quod sum.* (I, Cor., XV.)

Así hablaba el Apóstol San Pablo. Si los apóstoles del sufrimiento á su ejemplo no quieren ver sus esfuerzos paralizados, deben fielmente devolver á Dios el homenaje de todo el bien que se encuentra en ellos y que, por su gracia, obra en nosotros. Sí; convéncete bien de que tu apostolado será infructuoso, si no eres humilde. Dios no querrá tu ofrenda si está inficionada de orgullo. Si se digna